

Para asumir finalmente su propia existencia, y a la manera de tantos iniciados, Victoria deberá internarse en el mundo de la selva, de donde no sabe si saldrá victoriosa o vencida. Perdida desde hacía mucho tiempo la inocencia que le había hecho creer en la realidad del mundo familiar, completamente sola, sin el apoyo paterno ni el aliento de las amigas de la adolescencia, perdida la risa, Victoria encuentra de repente el amor. Es este sentimiento lo que la obliga a reventar el cascarón de aquel huevo protector para hundirse en la maraña de un universo totalmente ajeno, del que sólo sabe que está poblado de peligros.



Como poblado de peligros está también el sentimiento que se ha apoderado de ella en esa forma irracional y repentina y que no le permite ni un instante de sosiego. Del amor poco sabe Victoria. Ha sufrido ese raptó de las facultades al que se referían los antiguos y sólo comprende que ama a Pineda, aquella sombra sospechosa al comienzo, y que poco a poco se fue elevando por encima de los demás aduladores para convertirse en un ser rodeado de un aura de misterio que lo convierte aún más en el objeto amoroso por excelencia. Solitario, inteligente, pobre, intelectual. Ése es Pineda. Calladamente subversivo y contestatario.

Pero ella también lo es, ahora que se atreve a mirar hacia afuera. Es entonces cuando decide dejar todo atrás; y la que hasta ahora había sido una niña mimada y aburrida se aventura por el corazón de la selva en busca de su identidad, de un nuevo orden que le devuelva el sentido a la existencia, y del amor que con unas cuantas frases apasionadas, dirigidas no sabe bien si a ella, o a

quién, parece llamarla con una urgencia ineludible.

Es aquí donde el espacio de la novela se multiplica. Desde el espacio interior de la protagonista se pasa al espacio burgués y asfixiado de su mundo familiar, para seguir hacia el vasto espacio de la selva, aquel mar de verde y negro sacudido por rumores misteriosos, por llamados indescifrables donde se ocultan mil peligros, desde las fieras y los insectos, hasta las pasiones que han llevado a refugiarse en su interior a hombres de toda condición.

No convence mucho aquella figura convencional de la chica disfrazada de hombre que engaña a todo el mundo menos a quien no debe. Empapada de los ideales renovadores de los amigos de Pineda, a los que conoció en las residencias universitarias cuando perseguía una pista que la llevara, con aquella carta doblada sobre el corazón, a los brazos de su amado, Victoria es otra bien diferente a la niña de las primeras páginas del relato. Se hace pasar por un periodista extranjero y así comienza su viaje por la selva.

Sin saber muy bien qué hacer, ni cómo llegar hasta donde supone que se encuentra Pineda, el falso periodista no tiene, sin embargo, que superar muchos obstáculos para encontrar a los guerrilleros que se ocultan en la espesura de las selvas colombianas para regresar a casa viva, la nueva victoria, la que ha dejado atrás a muchas otras, la de la realidad primera, cuando el mundo parecía ser triste pero simple, la que empieza a dudar de todo, personaje femenino y protagonista que se convierte en un ser con mayores posibilidades existenciales.

“Somos todos fugitivos. Es el miedo el que manda. Huyen los presos, huyen los indios, huyen los guerrilleros y las sombras; y como ellos huyo yo, una rebelde acomodada...” (pág. 102).

Interesante la manera como se aborda el encuentro final con el padre, que también ha salido victorioso del derrumbe del mundo del comienzo de la novela y que marca el término de la huida, porque de alguna manera le ha encontrado un nuevo sentido a la existencia. El final ines-

perado es también un final abierto para que el lector acabe de escribir la historia como mejor se le antoje.

MARÍA CRISTINA RESTREPO L.

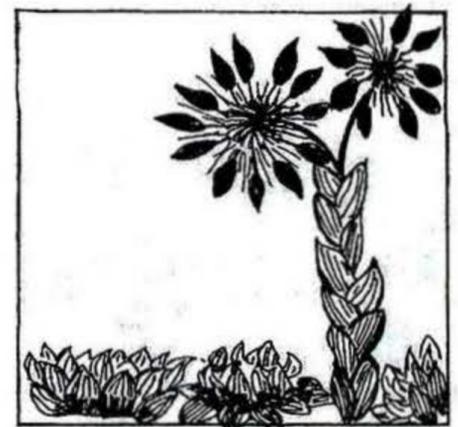
“¡Todo por la plata! ¡Todo por la plata!”

Los elegidos

Alfonso López Michelsen

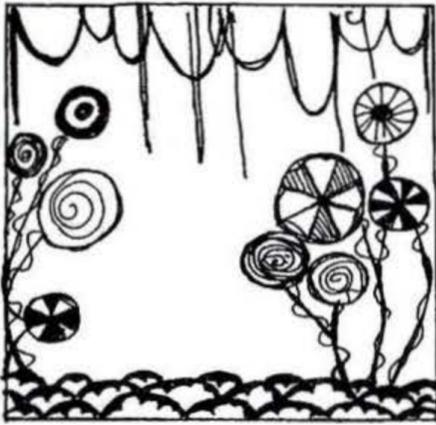
Editorial Oveja Negra, Santafé de Bogotá, 1999, 259 págs., 8a. ed.

Esta historia de ascenso y caída de un súbdito alemán expulsado de su patria por judío y estigmatizado en Colombia por nazi encierra en sus páginas muy variadas opciones de lectura. Señalaré, en primer lugar, la agilidad con que fluye esta fábula narrativa. Esta suerte de diario-novela redactada por un extranjero que es a la vez el demoledor escrutinio sobre la Colombia de los años 30 y 40 y su clase dirigente elaborado en forma vicaria por quien mejor podía conocerla, redactor a su vez del prólogo con que se presentan estos papeles. Toda una serie de artilugios narrativos para intentar enfriar una hirviente materia polémica, y tomar distancia sobre la misma. Le tocaba tan de cerca que prefería atribuir a otro su análisis.



A partir de allí se esboza y finalmente se concreta la silueta, agobiada desde el comienzo por la fatalista premonición de su destino, de un personaje con las kafkianas iniciales B. K., consumidor de cerveza y salchichón, y quien, a pesar de su falta de gracia, de su rígida

pesadez germánica, "con mi boina vasca y mis anteojos negros", termina por dibujar su propia figura con patética humanidad.



Todo ello sobre ese frívolo y a la vez cruel tapiz de una sociedad provinciana tan conscientemente aturdida en sus predatorios afanes de riqueza que termina por usarlo, marginarlo y descartarlo, sin ninguna clemencia. Un engañado más que redacta desde Fusagasugá este acerbo y sin embargo melancólico testimonio de su desgracia, confinado como extranjero peligroso junto con otros alemanes e italianos de la fatídica lista negra elaborada por la Embajada norteamericana en Bogotá en los años en que Estados Unidos declaraba la guerra al Tercer Reich. En la nueva, magistral y a la vez insuficiente como todas, biografía de Marcel Proust que publicó Diesbach en 1991 (traducción española en Anagrama) hay este párrafo que bien puede asociarse como epígrafe a *Los elegidos*, la novela de Alfonso López Michelsen (1913) que hoy alcanza su octava edición con un prologo-entrevista de Andrés Oppenheimer además de una versión cinematográfica de 1985. Dice Diesbach:

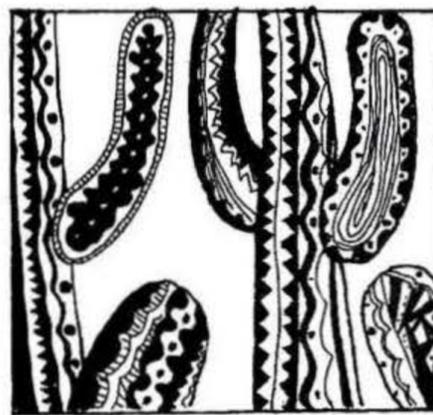
Toda literatura es compensación, necesidad de recrear el mundo a su antojo para ocupar en él el lugar que uno deseaba. A este respecto, la Recherche es una autobiografía camuflada en la que Proust deja traslucir el rencor de haber sido engañado por una sociedad en la que creyera en su juventud y el despecho de ver que los que han hecho trampa toda su vida alcanzan finalmente la meta codiciada, tras haber fingido como Madame Verdurin, Bloch o Legrandin, despreciarla [pág. 10].

Quizá todos aspiramos a ser invitados a la cena de los Guermantes sólo para una vez allí morirnos de tedio, criticar a los otros comensales y sentirnos dichosos e inquietos por aquellos que bufan a las puertas y no han alcanzado tan espléndida dádiva. Toda proporción guardada, así se sentía el bueno de B. K., miembro del Atlantic Club e invitado asiduo a las fincas de la Sabana.

Pero esta crónica de malas costumbres sobre un Bogotá que ya murió y que no termina por esfumarse del todo se halla sostenida, en principio, por dos ejes que parecen incompatibles: la teología y la economía, con sus consecuencias políticas. Como lo decía Adolfo Bioy Casares: "La política es una obsesión de este momento, como la teología fue la obsesión de otro".

Así en *Los elegidos* vuelve a plantearse el debate entre la predestinación calvinista y la gracia cristiana, con las derivaciones éticas que de allí provienen. Conciencia de responsabilidad individual o esperanza de perdón y redención última. Como lo expresa el autor, al final del libro:

Ganarse la lotería es, en lo temporal, el equivalente tratándose de la salvación eterna, de morir en gracia de Dios, confesado a tiempo [pág. 250].



El segundo tema que dinamiza la novela, la economía, se da en ese entramado de infidencias productivas, golpes de mano en las juntas directivas y oratoria interesada en venderse al mejor postor, para de allí continuar esas eternas guerras que se hacen los ricos entre sí por acrecentar aún más la ya de por sí inabarcable riqueza que otorga el dinero, el poder y sus privilegios.

"¡Todo por la plata! ¡Todo por la plata!" (pág. 190) como sentencia Olga, la figura femenina, que alivia y consuela desde su estrecha visión de manicurista, plena de autenticidad y sentido común, la senectud de ese exiliado que ve esfumarse, por segunda vez en su vida, horizonte y fortuna. En Alemania, por culpa de los nazis. En Colombia, por el cogollito del barrio de La Cabrera quien termina por poner a buen recaudo sus acciones en la fábrica de cigarrillos La Central dirigida por su primo Fritz y razón de su viaje a Colombia.

Las clases altas no vacilan en emplear bajas maneras para conseguir sus fines. Esa "práctica de acaparar artículos de primera necesidad en épocas de escasez" (pág. 215) es, en definitiva, la tortuosa y a la vez exitosa clave con que el grupo social aquí retratado, de negociantes, abogados, políticos e intermediarios, y sus mujeres, acoge al inmigrante y con su pegajosa simpatía superficial lo seduce y lo embauca, contagiándole su lasitud moral.

Ese "agradable y fácil principio de llegar cuando se puede y cumplir cuando se quiere". Pero por debajo, como no afilan sus garras las fieras y la rabiosa pugnacidad competitiva hincan sus dientes. De ahí el logrado hilo metafórico de cacería en la selva que va pautando la novela en pos de esa presa que termina siendo el propio narrador. Ciertos apuntes, como éste sobre los contertulios del club, certifican la satírica mirada con que un extranjero puede desmenuzar nuestro zoológico tropical:

El salón principal del establecimiento, decorado como siempre dentro de la más pura tradición de las revistas americanas, ostentaba, ya entrada la tarde, cuando los jugadores comenzaban a regresar de los campos, el más pintoresco conjunto. Todas las variedades de la selva con sus abigarrados colores se habían dado allí cita: los papagayos con su plumaje espléndido, las cebras con su atuendo severo, las martas con sus ricas pieles y los leones envejecidos, ya sin dentadura, con el pelaje rucio por los años [pág. 109].

O constatar ya al final, y sin metáforas, el mediocre balance de su aventura en las supuestamente fértiles tierras americanas:

La solemnidad de un Laynez y los trajes oscuros de los abogados de la meseta eran como una pesadilla remota. Atrás quedaban mis parientes neurasténicos, y la lista negra norteamericana y los amigos sin carácter, y las mujeres que se acostaban con los socios de sus maridos porque no les regalaban caballos de sangre... Las cosas de los ricos.[...]. En la adversidad conocí la mentira, la doblez, las uvas del despecho y de las rivalidades, en el círculo estrecho de los elegidos en donde las pasiones afloran más que en ninguna otra tierra al amparo de la familiaridad prematura que yo había vislumbrado desde mi primera visita a 'El Pinar' [pág. 235].

Hay también otra argucia narrativa que contribuye a congelar la ira impugnadora de este recuento. B. K. sólo ha tenido, antes de su viaje a Sudamérica, una única experiencia del mundo. Aquella que adquirió como oficial de enlace con las tropas de ocupación en Serbia durante la primera guerra. La afinidad y contraste entre estos dos mundos, los Balcanes y Colombia, bien podría ofrecer resultados tan desopilantes o revulsivos como aquellos deliciosos que obtenía Evelyn Waugh al diseccionar países extranjeros desde su club inglés o como corresponsal en el extranjero.



Pero la novela, más ceñida a las características morales de su personaje, con su examen de conciencia, su sentido del deber y su Dios ceñudo y nada

complaciente, se sitúa en realidad en la órbita católica española donde el sobrentendido se cambia por trazos más gruesos. De ahí el catálogo de nuestras miserias seculares.

Ya desde el excelente prólogo que resume, como en un ensayo sintético, las líneas de fuerza del ulterior desenvolvimiento narrativo, este censor involuntario destapa nuestras fallas. Se hace cómplice pero conserva una severa capacidad de diagnóstico:

La impuntualidad en los compromisos.

La frondosidad con muy pocas raíces.

La exageración siempre lindante con la mentira.

El vivir siempre al debe de nuestras reales posibilidades.

La piedad religiosa trocada en simple actividad social.

La inveterada costumbre de hacer dos o tres cosas al mismo tiempo.

La inseguridad sobre nosotros mismos y sobre nuestro país, siempre subordinados a las metrópolis, siempre disfrazándose con los disfraces externos que ellos proponen, obligándonos a comprárselos. Como decía Borges: "pasamos del francés al inglés, y del inglés a la ignorancia".

Y en definitiva esa contradicción, cada día más trágica, entre un país en expansión y una clase dirigente cada vez más estrecha. Escrita en su exilio mexicano, la novela de López Michelsen propendía hacia la sinceridad de un nacionalismo auténtico. Aquél que precisamente la revolución mexicana había alcanzado al sacudir, revolver y cuestionar el anterior orden construido en esa Nueva España. Al final del libro consideraciones sobre España vuelven a anudar el debate entre catolicismo y calvinismo y a propugnar un realismo sobrio y científico en el manejo del Estado, lejos de la sonora retórica:

Aquella tendencia a la caricatura y a la exageración pesimista de las realidades, fealdades y disparates terrenales, copia de la picaresca española, era el único asomo de realismo en este mundo dominado por una fe religiosa que a contragolpe obligaba a desamar la vida real y natural, a despreciarla y ridiculizarla, como fruto de sueños e ilusiones satánicas [pág. 241].

El debate podría continuar, ad infinitum, en la dialéctica que los personajes proponen. Pero este debate entre el católico y el calvinista, entre quienes nos consideran "perezosos. Incumplidos en sus compromisos, inexactos en sus afirmaciones e inestables en su humor" y quienes reconocen "son muy hospitalarios y tienen una tradición de la amistad y de la hidalguía muy española" (pág. 124) encuentra una inesperada síntesis. La febril, estremecida y honda música con que el bolero se instala en el centro de este libro y adquiere, con la proverbial sagacidad anticipatoria con que su autor ha formulado tantas profecías que se cumplieron de modo inexorable, su importancia en sí mismo, como producto estético popular, y como heraldo de transformaciones sociales que anunciaban una nueva cultura.



Esa cultura popular que tomaba el arsenal lírico de Rubén Darío y el modernismo y lo recreaba, exaltaba, y degradaba, hasta límites tan válidos e insospechados como aquel que de Agustín Lara hasta Armando Manzanero expresó, por fin, una sensibilidad auténticamente nuestra. Aquella que ha analizado un cronista como el mexicano Carlos Monsivais y que ha incorporado a su pintura la autora de la carátula de *Los elegidos*: la pintora colombiana María Paz Jaramillo. Una asimilación de valores emotivos y de sensibilidad híbrida que ponía en duda el rígido aticismo académico que aún subsistía.

Estas repúblicas precarias, caóticas, y siempre en trance de nacer, ya no eran solo unas supértites Atenas sudamericanas pobladas apenas de latinistas y gramáticos que redactaban constituciones, cada cierto tiempo, mientras los militares salían de los cuarteles y la

Iglesia, desde el púlpito, infundía resignación ante la secular injusticia social. La letra de un bolero como *Pecado* hacía saltar en pedazos todo ese andamiaje.

*Yo no sé si es prohibido,
si no tiene perdón,
si me lleva al abismo;
sólo sé que es amor.
Yo no sé si este amor es pecado
[que tiene castigo,
Si es faltar a las leyes honradas
[del hombre y de Dios;
Sólo sé que me aturde la vida
[como un torbellino,
Que me arrastra y arrastra a tus
[brazos en ciega pasión.
Es más fuerte que yo, que mi vida,
[mi credo y mi sino;
Es más fuerte que el miedo a la
[muerte y el temor a Dios.
Aunque sea pecado, te quiero, te
[quiero lo mismo;
Aunque todo me niegue el
[derecho, me aferro a tu amor.
(Bahr, Francini y Pontier).*



Cuando Alfonso López Michelsen, futuro presidente de Colombia (1974-1978) escribió esta novela en 1952 estaba resaltando no sólo la importancia de figuras históricas como Eva Perón sino abriendo el campo a esa narrativa latinoamericana que incorporaría el ritmo del bolero a sus estructuras verbales y al develamiento de un mundo donde machismo y cursilería, ilusión y derrota, sensualidad y nocturno escapismo unificarían todo nuestro continente como el bolero ya lo había hecho con la sensualidad de su melodía y el poder conturbador de sus letras desgarradas y certeras. Allí donde la mentira verdadera que eran nuestras vidas se volvía visible, por fin.

De Gabriel García Márquez a Guillermo Cabrera Infante, de Salvador Garmendia a Alfredo Bryce Echenique, un imaginario colectivo nos acogía por fin, en un emotivo espacio común. Sus artífices se llamaban Rafael Hernández y María Greever, Pedro Flores y Roberto Cantoral, Consuelo Velásquez y Pedro Junco, Álvaro Carrillo e Isolina Carrillo. Y sus intérpretes, de Pedro Vargas a Olga Guillot, de Celio González a Toña la Negra, de Daniel Santos a Rolando Laserie, de Lucho Gatica a Benny Moré, integrarían un multifacético y renovado santoral. La trinidad suplantada por los tres felices tríos de los Ases, los Panchos y los Diamantes.

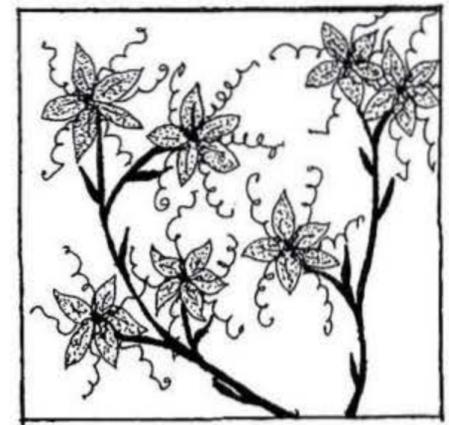
Se abría así un horizonte insospechado. Todo lo que hoy se proclama en las universidades norteamericanas, inglesas y alemanas que dicen estudiarnos, bajo el rótulo de estudios culturales, culturas híbridas, identidad y pluralismo, estudios poscoloniales, y que nosotros repetimos sumisos, ya está allí, en éste párrafo de *Los elegidos*, epígrafe imprescindible de los nuevos tiempos:

Un día se escribirá la historia de nuestro tiempo en Sur América, y entre los más extraños e insospechados factores de subversión tendrá que contarse la influencia de estas canciones, inocentes en apariencia, que alimentaron simultáneamente una bancarrota moral con un nuevo estilo en las relaciones de los casados jóvenes y en las costumbres sociales; un nuevo género de oratoria política y la rebelión social de los 'descamisados' de todas las latitudes [pág. 127].

Por rutina, por pereza, por lerdad como rutina, por pereza, por lerdad como rutina, nos hemos acostumbrado a vivir entre lugares comunes. "López Michelsen, un aristócrata displicente". Ya quisiéramos más aristócratas displicentes como él, que conociera tan bien la historia de Colombia y la viviera con tanta lucidez participativa como la que registran sus libros, desde *Cuestiones colombianas*, de 1955, hasta *Grandes compatriotas*, de 1993.

Que hubiera seguido con tan minuciosa atención y tan honesta perplejidad intelectual, los avatares sinuosos de nuestra evolución colectiva, desde el

balance de la conquista española hasta la tragedia del narcotráfico. Que reivindicara con tanta independencia mental a Isabel la Católica y a la generación del Centenario y nos ayudara a ser menos hipócritas con la doble moral estatuada en torno al problema de la droga. Que fuera a la vez incisivo y pertinente. "López Michelsen pone a pensar al país". Ojalá hubiera sido así para que la vida colombiana tuviera mayor tensión intelectual y más calidad estética. Para que sus temas predilectos —el derecho constitucional, la historia de Colombia, la política internacional— hubieran sido una preocupación constante y no el emotivo zafarrancho de la coyuntura política o la necrología apresurada. Véase, por ejemplo, *La conquista española y sus frutos* (Madrid, Cultura Hispánica, 1976).



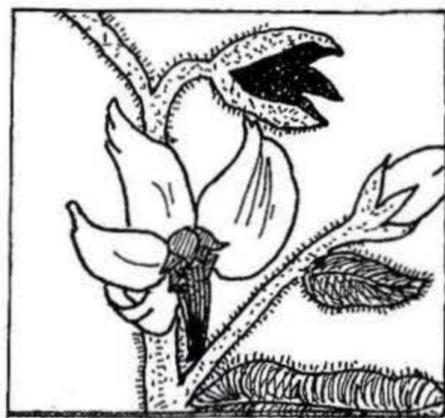
Con razón anticipó los excesos que acarrearía la Constitución del 91 y nos calificó, años ha, como el Tibet de Sudamérica. No por la frivolidad polémica que se le atribuye sino porque había pensado en ella, desde mucho antes, al volver sobre los mismos temas, como lo atestigua su bibliografía y como lo certifican tantas intervenciones suyas, en la oposición y desde el gobierno, si nosotros los colombianos tuviéramos memoria y leyéramos de vez en cuando a nuestros propios autores.

Algo, por cierto, que López Michelsen no ha dejado de hacer. En su libro *El quehacer literario* (Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1989) se halla un excelente compendio que de José Asunción Silva a Gabriel García Márquez sin olvidar a Tomás Rueda Vargas y a la música vallenata, funde todo el país, de la costa a la sabana, en un pulcro acto de amor por nuestras letras que es en el fondo un entrañable y no por ello me-

nos válido ejercicio de pasión crítica por nuestra tierra y sus gentes. Por ese país mulato, mestizo y tropical sobre el cual bien puede decir y, como siempre, en buena prosa:

El aprecio nace del conocimiento, y siempre he aspirado a que mis puntos de vista sirvan como una contribución a una mejor comprensión de mi patria. Aun cuando parezca trivial, nuestro país, a pesar del desgarramiento presente, inspira un afecto que a veces linda con la compasión. La pregunta obligada es la de cómo hemos podido llegar al borde del abismo, y mucho me temo que a través de los años mis escritos se hayan limitado a proyectar una visión optimista de nuestro entorno [pág. XVIII].

Nunca sabemos muy bien con quién vivimos, como nos lo enseñó Marcel Proust y ahora resulta que el severo, puntual, inglés y muy preciso ex presidente López Michelsen es al mismo tiempo el coqueto, festivo, parrandero y encantador Alfonso López. Pero es mejor que ya vayamos aproximándonos a su auténtico retrato. Al de un hombre pendiente del país que quiere y quien trató, en la acción y en la reflexión, de que sus compatriotas tuvieran conciencia del hecho de ser colombianos, en una perspectiva más dilatada. Que ese acto de fe, como diría Borges, encarnara en hechos perdurables.



No preguntarnos, egoístas y pusilánimes, qué nos debe Colombia sino cuánto nos ha dado como privilegiados que tuvimos techo, educación, salud, comida. Participación colectiva y posibilidad de confrontar nuestras visiones con las visiones de otras tierras y con

luces de otros sueños. Quizá por ello López ha querido retribuir con sus páginas y su tarea pública algo de lo mucho que ha recibido y por ello resulta tan dicente que vuelva a sus orígenes de cuestionador inveterado y con esta octava edición de *Los elegidos* torne a mantener, en el diálogo con Andrés Oppenheimer, el poder impugnador de sus ideas y vuelva a confrontarlas con el tiempo que pasa sin por ello abjurar de lo que ha sido. "Antes de la televisión, el principal factor de identificación nacional habían sido las guerras civiles: los miembros de un partido en una región llevaban a conocer a sus correligionarios en otra y llegaban a adquirir cierta familiaridad al unirse contra un enemigo común" (pág. 22).



Porque López, no hay duda, tiene fe y convicciones. Es justo reconocer entonces su fidelidad a las ideas liberales, a su partido y a la memoria combatiente de su padre, y de otra parte a la cultura y a esa "pseudo erudición sobre las flores y las frutas del trópico", como él mismo la califica, que lo vincula, premonitorio ecólogo, a la estirpe de su madre, a esa "gata misterio" que Tomás Rueda Vargas incorporó a sus *Visiones de la Sabana*. Se cierra así espléndidamente su *Parábola del retorno*, como López tituló otro libro suyo del año 1988. De todos modos algo hemos avanzado. Es justo reconocerlo al pensar que ahora la homilía dominical de los colombianos es la columna en *El Tiempo* del escritor y memorialista Alfonso López Michelsen. No estaría mal complementarla con la lectura o relectura, actual y sorpresiva, en estos días, de una novela dura y esclarecedora como *Los elegidos*. Como lo dijo el inolvidable Hernando Téllez en una nota de 1953 que resume a cabalidad el tema:

El extraordinario mérito del libro de López Michelsen consiste, pues, en la denuncia, en el testimonio que hace sobre el mecanismo moral de una clase. Para hacerlo se necesita, como queda dicho, dos condiciones: una irrefutable autoridad como testigo y un coraje intelectual sin muchos precedentes. Pero no cabe duda que este libro no se podrá olvidar fácilmente y de que su testimonio se contará siempre entre los más valientes y eficaces que un escritor colombiano haya producido sobre el carácter nacional y el drama silencioso y terrible de la integración de sus clases. López Michelsen merece, con largueza, la admiración de los espíritus libres.

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

“El idioma rezuma inteligencia”

Ensayos, glosas y otras erudiciones

Darío Achury Valenzuela

Ministerio de Cultura, Santafé de Bogotá, 1998, 245 págs.

Ensayos, glosas y otras erudiciones es una crítica comparación entre la manera clásica y moderna de valorar la literatura. Su *poiesis* designa una producción artesanal antes que una creación demiúrgica. La modestia de Achury Valenzuela lo llevó a guardar esa distancia respecto a la aventura formal del texto moderno y lo salvó del final formalista o estructuralista de mucha crítica contemporánea. Achury Valenzuela, enemigo acérrimo de la pedantería, jamás pactaría con el último estadio del formalismo, ese infecundo y frenético *metodologismo* que aún no acabamos de padecer. Achury Valenzuela es un poeta del humanismo; rescatar su escritura significa ver el predominio del creador, el ensayista, el prosista y no el simple erudito:

A mis ensayos —denominación petulante— los ata, sin embargo, una cuerda en común: la curiosidad de